

Ponencias

El compromiso interpretativo: un aspecto ineludible en la investigación cualitativa

The interpretive commitment: an unavoidable aspect in qualitative research

O compromisso interpretativo: um aspecto incontornável na pesquisa qualitativa

Carolina Martínez S.¹

¹ Doctora en ciencias sociales con especialidad en estudios de población. Departamento de Atención a la Salud, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco; maestra en medicina social; médica cirujana. Correo electrónico: cmartine@correo.xoc.uam.mx

Recibido: 27 de noviembre de 2014. Aprobado: 20 de mayo de 2015. Publicado: 20 de octubre de 2015

Martínez C. El compromiso interpretativo: un aspecto ineludible en la investigación cualitativa. Rev. Fac. Nac. Salud Pública 2015; 33(supl 1): S55-S63. DOI: 10.17533/udea.rfnsp.v33s1a10

Resumen

En este artículo se plantea una reflexión sobre el acto de interpretar en la vida de los humanos y su papel en el ámbito de la investigación científica como actividad generadora de versiones orientadas por las teorías expertas. Se mencionan algunos de los cuestionamientos planteados a la perspectiva científica occidental moderna y las nuevas perspectivas epistemológicas que se abren desde las corrientes más críticas de la investigación cualitativa, en las cuales se reconoce la trascendencia del compromiso interpretativo del investigador

al construir sus versiones sobre la realidad que estudia. Se presentan algunos ejemplos de los problemas que surgen en la investigación que tiene lugar en el campo de las ciencias de la salud, y para concluir, se ofrecen algunos apuntes sobre el ineludible compromiso del investigador en su condición de intérprete, con sus múltiples consecuencias sobre la construcción del conocimiento.

-----*Palabras clave:* epistemología, investigación cualitativa crítica, subjetividad, interpretación, ciencias de la salud

Abstract

This paper reflects on the human act of interpreting and its role in scientific research as an activity that generates theoretically oriented versions. It mentions some of the questioning directed toward the modern Western scientific views as well as the new epistemological perspectives that have been rising from the more critical trends of qualitative research. These acknowledge the transcendence of the researchers' interpretive commitment as they build their versions of the reality that they

are studying. Likewise, the paper presents some instances of the problems that arise when conducting research in the field of health sciences. To conclude, some notes on the inescapable commitment of the researcher in his capacity of interpreter, and its multiple consequences on the construction of knowledge.

-----*Keywords:* epistemology, qualitative research, criticism, subjectivity, interpretation, health sciences

Resumo

Neste artigo propõe-se uma reflexão sobre o ato de interpretar na vida dos humanos e o seu papel no âmbito da pesquisa científica como atividade geradora de versões orientadas pelas teorias especializadas. São mencionados alguns dos questionamentos propostos à perspectiva científica ocidental moderna e às novas perspectivas epistemológicas que se abrem desde as correntes mais críticas da pesquisa qualitativa, nas quais se reconhece a transcendência do compromisso interpretativo do pesquisador ao construir as suas versões

sobre a realidade que estuda. Apresentam-se alguns exemplos dos problemas que surgem na pesquisa que ocorre no campo das ciências da saúde, e para concluir, oferecem-se algumas anotações sobre o incontornável compromisso do pesquisador na sua condição de intérprete, com suas múltiplas consequências sobre a construção do conhecimento.

-----*Palavras-chave:* epistemologia, pesquisa qualitativa crítica, subjetividade, interpretação, ciências da saúde

Introducción

La investigación cualitativa es una modalidad de generación de conocimiento que se propone profundizar en la comprensión de los aspectos subjetivos de la manera en la que los humanos vivimos las realidades que experimentamos. Sin embargo, cuando se la considera como un método más dentro del arsenal de los recursos de los que dispone un investigador y se la reduce solo a sus aspectos más instrumentales, se deja de lado la consideración de que la elección metodológica tiene tras de sí un conjunto de supuestos sobre cómo el investigador cree que puede revelar, problematizar, describir o modificar los fenómenos, los procesos y las situaciones que estudia. Toda indagación está íntimamente vinculada con nuestra concepción del mundo y lo que hay en él; con la manera en la que nombramos, definimos, delimitamos, organizamos y entendemos sus relaciones; con el modo en el que creemos que podemos acercarnos a conocer lo que estudiamos. La investigación cualitativa nos conduce a asumir en su verdadera magnitud el compromiso epistemológico implícito en cualquier forma de generación de conocimiento.

Con base en las propuestas que pueden estudiarse en la obra de algunos de los autores que se ubican en algún lugar del vasto territorio de la fenomenología y de la teoría crítica contemporáneas, en las siguientes páginas haré un recorrido que parte de la reflexión sobre el lugar central que ocupa la interpretación en la vida de los humanos. Continuaré con la

consideración de su presencia en el trabajo científico y el papel que cumplen las teorías como marcos orientadores de las interpretaciones que ahí se generan. Consideraré luego, muy brevemente, algunos de los grandes cuestionamientos que se han planteado a la visión científica moderna y me detendré en las nuevas perspectivas que frente a ello nos abren ciertas corrientes de la investigación cualitativa, en especial las posturas más críticas [1, 2]. Mencionaré algunos ejemplos de las posibilidades que estas visiones alternativas nos abren para alcanzar nuevos conocimientos y una más profunda comprensión de los problemas que enfrentamos en el campo de las ciencias de la salud y terminaré con un conjunto de apuntes sobre la importancia de asumir el ineludible compromiso que la condición de intérprete le confiere al investigador, un compromiso preñado de consecuencias.

¿Qué es interpretar?

Es este un concepto que, como todos los conceptos, ha cambiado a lo largo de la historia. Hoy en día tiene diferentes acepciones según el contexto y la corriente de pensamiento en la que se lo defina; por ejemplo: en los ámbitos del saber científico, la filosofía, el psicoanálisis u otros. Pero aquí voy a concentrarme exclusivamente en algunas de las sugerentes elaboraciones desarrolladas por los fenomenólogos contemporáneos y algunos de los pensadores críticos que los sucedieron, desde Heidegger [3] hasta Habermas [4, 5], pasando por Gadamer [6],

Schütz [7], Berger y Luckmann [8], Merleau-Ponty [9] y Morin [10, 11], cuyas obras, más allá de sus grandes divergencias y los fuertes debates que sobre ellas se han entablado, nos ayudan a entender la trascendencia que tiene el acto de interpretar para el pensamiento, la acción y la vida humana.

Interpretar —entendemos al estudiar a estos pensadores— es la forma en la que los humanos nos relacionamos con el mundo y con las cosas que hay en él, cuyas cualidades y nexos damos por supuestos [7, 8]. Pero la realidad no nos es accesible en forma directa e inmediata, sino a través de nuestra conciencia, que descifra, organiza y significa las señales que recibe a través de los órganos de los sentidos de los cuales está dotada nuestra especie [9], una conciencia que se configura biográficamente en el contexto de la sociedad de la que formamos parte, con todos los significados sociales y culturales que nos son transmitidos a través del lenguaje [8].

El mundo en el que nacemos aparece ante nosotros como un universo previamente constituido y organizado por las acciones y las interpretaciones de los humanos que nos precedieron. Es un universo lleno de significados que se nos presenta como una estructura cuyo sentido hemos de descifrar. Nuestros padres, nuestros maestros, nuestros semejantes nos transmiten poco a poco las interpretaciones que en él prevalecen, las cuales con el tiempo se convertirán en nuestro esquema de referencia, nuestro “conocimiento a mano” [7].

Interpretar es también la forma en la que nos relacionamos con nuestros semejantes y, entre los numerosos asuntos que hemos de descifrar, quizá uno de los más complicados sea precisamente ese: los mensajes que recibimos de ellos; ¿qué me quiere decir ese que me mira, que me habla, con sus palabras, con su entonación, con su gesto?

Pero si la interpretación es una actividad inherente al pensamiento humano, ¿tendrá también algún lugar en el ámbito de la investigación científica?

La interpretación en el ámbito de la investigación científica

Para el científico que considera que su trabajo consiste en estudiar “los hechos” y cuya aspiración es la de capturarlos “tal y como son” —de manera objetiva y neutral, sin distorsiones ni sesgos— podría resultar difícil reconocer que no solo el “hombre común” interpreta el mundo en el que vive desde sus teorías “legas”, sino que en realidad él también lo hace, pero desde su muy particular y sofisticado “sentido común de experto”, orientado por alguno de los marcos heredados que pone a su disposición la disciplina que ha abrazado [7, 8]. Esta dificultad para reconocerlo se deriva, como lo estudió Morin, de que:

[...] La ciencia occidental se fundó sobre la eliminación positivista del sujeto a partir de la idea de que los objetos, al existir independientemente del sujeto, podían ser observados y explicados en tanto tales. [...] Dentro de ese marco de referencia, el sujeto es, o bien el “ruido”, es decir, la perturbación, la deformación, el error, que hace falta eliminar a fin de lograr el conocimiento objetivo, o bien el espejo, simple reflejo del universo objetivo. [10]

Sin embargo, el investigador solo podría sostener la ilusión de que su ciencia le da acceso a los “hechos desnudos”, libres de toda interpretación, si ignora que son sus teorías las que le permiten percibir, concebir, identificar y figurar esos hechos y sus interrelaciones en la forma en la que lo hace.

A quien aún vive en esa ilusión, profundizar en esta sorprendente dirección podría resultarle bastante esclarecedor porque —como con toda pertinencia plantea también Morin:

¿Se puede aceptar que el conocimiento se funde en la exclusión del cognoscente, que el pensamiento se funde en la exclusión del pensante, que el sujeto sea excluido de la construcción del objeto? ¿Qué la ciencia sea totalmente inconsciente de su inserción y de su determinación sociales? ¿Se puede considerar como normal y evidente que el conocimiento científico no tenga sujeto, y que su objeto esté dislocado entre las ciencias, desmigajado entre las disciplinas? ¿Se puede aceptar semejante noche sobre el conocimiento? [11]

Es entonces el humano, cuya mente se empeña en dotar a todo de significado, quien percibe, concibe, nombra, clasifica, ordena e interpreta lo que lo rodea y, a partir de ello, construye, emite y sostiene cada una de las versiones de “la verdad” que circulan en el mundo. La ciencia misma es una empresa intensamente empeñada en esa tarea. El científico interpreta lo que observa e, incluso, decide qué es lo que hay que observar, de acuerdo con los principios que postulan las teorías científicas en las que cree.

Lamentablemente, la visión tan especializada y parcelada del conocimiento que prevalece en nuestro tiempo conlleva que para quienes se concentran en los ángulos más prácticos del quehacer científico, ocuparse de estas reflexiones se perciba como algo ajeno, obvio o ya resuelto, quizá incluso como una distracción del trabajo central que es “investigar” o, en el mejor de los casos, cuando algún interés o respeto les llegan a suscitar, las consideren como tarea de los filósofos y no de los científicos; un resultado más de esta disociación sujeto/objeto que asigna el segundo a la ciencia y el primero a la filosofía [11]. Sin embargo, como lo han planteado los fenomenólogos y los pensadores críticos durante el último siglo, las concepciones que subyacen al modo en el que la ciencia entiende e interpreta la realidad no son independientes de la manera en la que proceden los

investigadores y, menos aun, de las consecuencias de su labor sobre el mundo, se percaten de ello o no [3, 4, 6, 7, 9].

Lo que aquí quiero subrayar es que la investigación científica genera cierto tipo de versiones interpretativas de lo que los expertos seleccionan como sus objetos de estudio que consideramos verdaderas en la medida en que se corresponden con lo que podemos percibir, pero, a la vez, con las versiones previamente construidas por la comunidad intersubjetiva de expertos socialmente autorizados para elaborarlas [4, 7]. Pero ni las teorías ni los modelos que a partir de ellas construimos podrían considerarse como réplicas exactas e idénticas del mundo, ni siquiera de la porción de él que con ellos pretendemos capturar. No son más que las formas con las cuales nos lo representamos; son versiones con las cuales intentamos dar cuenta de las cosas, las situaciones, los fenómenos, los procesos en medio de los cuales vivimos; versiones con las cuales intentamos otorgar algún sentido a lo que ocurre, a lo que *nos* acontece.

Las teorías como representaciones de la realidad

Cuando intentamos explicarnos el mundo del que formamos parte, entender qué pasa en él y cómo y por qué nos afecta, entonces construimos teorías. Los humanos no podemos andar sin teorías. Necesitamos encontrar algún sentido a lo que observamos y vivenciamos en el mundo de la naturaleza y también en el mundo social. Tenemos teorías para interpretar el significado de los datos estadísticos que recogemos sobre los fenómenos y los procesos naturales y también sobre los sociales; tenemos teorías para tratar de explicarnos el significado de la acción humana. Hoy en día tenemos teorías incluso para descifrar el significado de esa gran porción de nuestra vida psíquica que queda al margen de nuestra conciencia y que, aun a nuestro pesar, no podemos ya ignorar.

Pero aun si en nuestra relación con el mundo no podemos prescindir de las teorías —y las teorías científicas han probado ser muy potentes en su capacidad para proponer versiones que resultan congruentes con lo que percibimos—, no por eso podemos considerarlas como las únicas versiones correctas —y menos aún acabadas— de lo que es y cómo funciona.

Podríamos, quizá, imaginar las teorías científicas como si fueran uno más de los mapas a partir de los cuales intentamos orientarnos en el mundo. Un mapa que nos permite, por cierto, movernos con particular eficacia en ciertas direcciones, que son las que los consensos que prevalecen en la sociedad y la cultura de la que formamos parte consideran las más adecuadas.

¿Quiero decir con esto que cualquier versión de la realidad es igualmente válida? La pregunta por la validez

de las diversas piezas de conocimiento que los humanos somos capaces de generar no es fácil de responder. Nuestra experiencia sugiere que hay algunas que coinciden más que otras con lo que efectivamente observamos, y esa es una de las cualidades que nuestra sociedad le atribuye al saber científico. Pero, como lo explicaré más adelante, eso opera siempre dentro de un contexto: el de los consensos que prevalecen en cada sociedad.

Además, también existen teorías científicas que no logran dar adecuada cuenta de la complejidad de aquello de lo que se ocupan, y sus versiones interpretativas resultan, entonces, de dudosa validez. Así ocurre, por ejemplo, con las teorías del científico social que imaginan sus “objetos de estudio” como si fueran una más de las cosas del mundo que se ofrecen a su observación, y no esos seres plenos de una realidad subjetiva que los faculta para observar e interpretar, a su vez, al mundo del que forman parte, a sus semejantes, a sí mismos e, incluso, al investigador [7].

Pero no solo las ciencias sociales son esencialmente interpretativas, sino que las ciencias naturales también lo son. Interpretar no es solo una opción metodológica que se le presenta al científico social, sino la condición misma de la investigación humana [13]. El científico natural también está implicado como intérprete [7]. Y no porque las cosas de la naturaleza signifiquen algo por o para sí mismas, sino justamente por lo contrario. La significatividad no es inherente a la naturaleza como tal; los hechos, sucesos y datos que recaba el científico natural no “significan” nada, por ejemplo, para las células o las moléculas involucradas [7]. La naturaleza no nos “dice su verdad”. Lo que otorga los significados que constituyen el edificio del saber científico es la actividad selectiva e interpretativa de los humanos que lo construyen, que son quienes elaboran las teorías desde las cuales adquieren sentido las interpretaciones que ofrecen para dar cuenta de lo que perciben.

Así que si pudiéramos situarnos en un lugar intermedio entre el relativismo absoluto (“cualquier interpretación es una referencia válida a la realidad”) y el realismo ingenuo (“el conocimiento científico es el único reflejo fiel y transparente la realidad”), podríamos proponer que, más que “verdades”, lo que ofrecemos cuando investigamos son propuestas interpretativas que constituyen versiones con diversos grados de plausibilidad sobre la inteligibilidad de lo que observamos.

Los límites de la versión científica

Cuando nos percatamos de que las versiones que construimos a partir de las teorías científicas no son equivalentes a la realidad misma, sino una de las muchas y cambiantes formas de percibirla y dar significado a lo percibido, estamos al fin en condiciones de reubicarnos

frente a los límites epistemológicos y metodológicos de esta forma de aproximación a la realidad.

Las reflexiones de los fenomenólogos del siglo xx nos abrieron nuevos horizontes para avanzar en esa dirección, y los planteamientos aun más radicales de los pensadores críticos ampliaron los caminos. De entre los numerosos señalamientos que desde ahí se han hecho para reflexionar sobre los límites de la visión científica moderna, voy a aludir aquí de la manera más breve solo a los siguientes cuatro, a manera de invitación para continuar profundizando en el estudio de la obra de estos pensadores en busca de elementos que nutran nuestra reflexión sobre las implicaciones de las distintas formas de generación de conocimiento con las que trabajamos.

El primer señalamiento se refiere al *enfoque reduccionista* que caracteriza la aproximación científica de la realidad. Como lo estudió tan detalladamente Morin, en nuestros días las limitaciones, pero sobre todo los riesgos que conlleva esta forma de entender el mundo, se han hecho dolorosamente patentes:

Vivimos bajo el imperio de los principios de *disyunción, reducción y abstracción*, cuyo conjunto constituye lo que llamo el “paradigma de simplificación”. Descartes formuló ese paradigma maestro de Occidente, desarticulando al sujeto pensante (*ego cogitans*) y a la cosa extensa (*res extensa*), es decir filosofía y ciencia, y postulando como principio de verdad a las ideas “claras y distintas”, es decir, al pensamiento disyuntor mismo. Este paradigma que controla la aventura del pensamiento occidental desde el siglo xvii, ha permitido, sin duda, los enormes progresos del conocimiento científico y de la reflexión filosófica; sus consecuencias nocivas posteriores no se comienzan a revelar hasta el siglo xx. [10]

Segundo señalamiento: el abordaje científico de la realidad, dicen Kincheloe y MacLaren [12], sufre de una suerte de *ingenuidad epistemológica* dada por su ausencia de conciencia sobre cómo y desde dónde otorga los significados que constituyen el cuerpo de su saber, de cada uno de los saberes expertos. El conocimiento científico se genera en un mundo tensionado por campos de fuerzas constituidos por los numerosos intereses en juego en cada sociedad y en cada momento. Lo que los científicos producen es una construcción colectiva en la cual se entretejen diversos discursos generados por quienes participan en esa empresa intersubjetiva que es la interpretación científica de la realidad [4, 5]. Sin embargo, como reflexionaba Morin [11], aun cuando el método científico es capaz de aproximarse objetivamente a los objetos de la ciencia, no parece serlo para estudiar la ciencia como objeto científico y, menos aun, al científico como sujeto de ese objeto. Como él lo señalaba:

¿Por qué hablar de mí? ¿No es decente, normal, serio que, cuando se trata de ciencia, de conocimiento, de pensamiento, el autor se eclipse detrás de su obra y se desvanezca en un discurso que se ha vuelto

impersonal? Debemos, por el contrario, saber que es allí donde triunfa la comedia. El sujeto que desaparece de su discurso se instala de hecho en la torre de control. Fingiendo dejar sitio al sol copernicano, reconstituye un sistema de Ptolomeo cuyo centro es su espíritu. Ahora bien, mi esfuerzo de método tiende precisamente a arrancarme de este autocentrismo absoluto por el cual el sujeto, desapareciendo de puntillas, se identifica con la objetividad soberana. No es la Ciencia anónima la que se expresa por mi boca. No hablo desde lo alto de un trono de seguridad. Por el contrario, mi convicción segrega una incertidumbre infinita. Sé que creerse poseedor o poseído por la Verdad es ya intoxicarse, es ocultarse a sí mismo sus desfallecimientos y sus carencias. En el reino del intelecto, es el inconsciente el que se cree todo consciencia. [11]. La profundidad de este segundo señalamiento se comprende aun mejor cuando se lo vincula con el tercero.

Este tercer señalamiento es el que hace notar que “*la verdad también tiene su historia*”. Porque la historia y el lenguaje, como nos recuerda Schwandt [13], son a la vez la condición y el límite dentro de los cuales comprendemos. Por una parte está el mundo, lo que hay en él y lo que acontece, siempre en perpetuo cambio, y por otra parte, las propuestas que los científicos elaboran para intentar dar cuenta de ello también están siempre en evolución. Así que, a contrapelo de la validez universal que los científicos quisieran alcanzar con las generalizaciones a las que dan lugar sus teorías, habría que contar, más bien, con la historicidad de la construcción del conocimiento, de las versiones sobre la realidad que los humanos producimos.

Para un investigador creyente en las propuestas del realismo ingenuo, podría resultar difícil aceptar que el saber científico, más que un reflejo fiel de la realidad, es un conjunto más o menos coherente de versiones consensuadas sobre ella. Sin embargo, el estudio de los pensadores de los que aquí estoy hablando nos ayuda a darnos cuenta de que las teorías científicas no son ajenas a los procesos socio-históricos, económicos y políticos dentro de los cuales se construyen. Y que no son imparciales, sino que siempre están permeadas por determinados intereses [4, 5]. Si lo que se considera verdadero varía en cada contexto histórico, y en nuestras complejas y fragmentadas sociedades [8] los más diversos y conflictivos intereses se tironean por el monopolio de “la” verdad, no podemos dejar de reconocer, entonces, que el conocimiento tiene también un significado político. Recurramos, una vez más, a las agudas críticas de Morin para ver lo que señala al respecto:

¿Cómo es que la ciencia sigue siendo incapaz de concebirse como praxis social? ¿Cómo es incapaz, no solamente de controlar, sino de concebir su poder de manipulación y su manipulación por los poderes? ¿Cómo es que los científicos son incapaces de concebir el vínculo

entre la investigación “desinteresada” y la investigación del interés? *¿Por qué son también totalmente incapaces de examinar en términos científicos la relación entre saber y poder?* [11].

El cuarto y último señalamiento al que aquí quiero referirme es el que argumenta que la objetivación científica surge también como uno de los intentos del hombre moderno por eludir la angustia originada en la consciencia de su inquietante temporalidad. Es un argumento que puede leerse en el muy documentado y sólido estudio de Safranski [14] sobre la obra de Heidegger en el contexto de su biografía y de su época, en el que describe cómo este importante filósofo llegó a entender que, con la ciencia, el hombre cultivó y trabajó metódicamente su propia cosificación: “Esta manera de preguntar por el sentido, como si lo buscado fuera algo que ya está dado, según Heidegger, pertenece a la huida del ser-ahí ante su temporalidad y su ser posible” [14]. Pese a ello, como también sostuvo Heidegger, mientras viva, el ser-ahí no será nunca un ser concluido, cerrado, enteramente terminado, a la manera en que pueden serlo las cosas; mientras viva, continuará abierto al futuro, preñado de posibilidades [3]. Pero si acaso, en efecto, uno de los numerosos significados de la empresa científica para los hombres de hoy fuera ese intento de escapar a la ineludible y angustiosa temporalidad de su ser, tenemos un elemento más para comprender la dificultad de cuestionar esa perspectiva: ¿quién podría querer abandonar el sólido y poderoso refugio de la ciencia frente a la angustia de nuestra incierta existencia?

Una puerta hacia nuevas posibilidades de relación con el mundo

La investigación cualitativa nos conduce a reconocer la necesidad de una atenta y cuidadosa reflexión epistemológica y, con ello, a asumir la trascendencia del compromiso interpretativo que subyace a cualquier versión de la realidad que se proponga [1, 2]. En este campo florecen modalidades alternativas de generación de conocimiento que buscan una comprensión más profunda de los aspectos subjetivos de la experiencia humana, en toda su vasta complejidad [12].

Sin embargo, su potencial para replantear nuestras formas de relacionarnos con el mundo y ayudarnos a reconocer el compromiso del investigador como intérprete queda completamente oscurecido cuando se lo reduce exclusivamente a su vertiente metodológica y se lo circunscribe solo a sus dimensiones más instrumentales.

Pero aun quien insistiera en mantenerse en un plano puramente metodológico, no tendría forma de escapar al influjo de la perspectiva epistemológica que orienta su abordaje porque los métodos y las técnicas se encuentran

fuertemente vinculados con las concepciones del mundo de las cuales surgen. Y las versiones construidas a partir de los datos obtenidos por medio de su aplicación no son ajenas a la perspectiva teórica a la que el investigador se adscribe, que es la que orienta el modo en el que concibe, nombra, delimita, relaciona, significa y entiende lo que desea conocer; en último término, el modo en el que se vincula con su objeto de estudio según la posición desde la cual lo aborda.

Las posturas desde las cuales puede responderse a la pregunta sobre cómo proceder para llegar a conocer algo son muy diversas: ¿fragmentamos el objeto de estudio y tratamos de “arrancarle sus secretos” con un experimento?; ¿lo observamos en forma neutral para procurar no perturbarlo y registrar con toda fidelidad su comportamiento?; ¿intentamos comprenderlo a través del diálogo con nuestros congéneres y la confrontación de las diversas perspectivas desde las cuales se lo concibe? [15].

Los fundamentos epistemológicos que dan lugar a cada uno de los múltiples procedimientos posibles son también muy distintos, y podemos localizarlos en algún lugar del vasto territorio que va desde el realismo ingenuo, pasando por las expresiones de las más valiosas aspiraciones de la modernidad (como serían el compromiso con “la verdad” y el empeño por entender lo que nos rodea) hasta llegar a los profundos abismos de incertidumbre de las encontradas visiones posmodernas, con todos sus riesgos relativistas y sus posturas elusivas, pero también las valiosas utopías y los profundos y ricos cuestionamientos postulados desde las posiciones más críticas.

El punto es que toda perspectiva epistemológica tiene sus consecuencias sobre lo que se logra ver y lo que no, lo que se puede aceptar y lo que no, y también sobre las acciones a las que todo ello conduce y sus efectos sobre el mundo. De ahí que la investigación cualitativa, en especial en sus vertientes más críticas, nos conduzca a plantearnos preguntas tan inquietantes como serían, por ejemplo: ¿cuál es “la verdad” que postula la racionalidad contemporánea?; ¿cuál es el papel de las relaciones de poder en la generación de conocimiento? ¿cómo influye la actividad humana en la construcción del mundo?; ¿cómo se usa el potencial transformador del conocimiento?; ¿cuál es el lugar de lo político en la actividad científica? [12].

La investigación cualitativa crítica y las ciencias de la salud

En el campo de las ciencias de la salud podemos encontrar numerosos ejemplos de las dificultades para remontar las oposiciones entre las versiones sostenidas por los diversos saberes expertos (científico naturales, científico sociales y humanísticos) que tienden a confrontarse entre sí, y sobre todo, a confrontarse con los saberes “legos” construidos a partir de la experiencia de quienes

viven cada situación. La investigación cualitativa crítica tiene mucho que ofrecer para ayudarnos a comprender y dimensionar los significados y tensiones que se juegan detrás de las versiones construidas a partir de cada una de estas perspectivas.

Del pensamiento científico occidental moderno, los investigadores ocupados con estos temas heredamos ciertas creencias a las que atribuimos un gran valor, entre ellas, que podemos entender algo sobre lo que ocurre en el mundo en el que vivimos y que tenemos la capacidad para introducir ciertos cambios que consideramos favorables para nuestra vida en él. Pero la indudable potencia del conocimiento científico, que en nuestra época se encuentra organizado en el campo de los saberes disciplinarios y administrado por las diversas profesiones, crea en ocasiones ciertas ilusiones de omnipotencia que pueden suscitar expectativas desmedidas, al mismo tiempo que los intereses en juego conducen por caminos muy distintos de los que resultarían deseables para la mayor parte de la población.

Un primer ejemplo de ello sería el siguiente. El conocimiento científico, en la voz del saber de la epidemiología, postula que los problemas de salud que afectan a las poblaciones humanas en cada época dependen de las características del entorno ambiental en el que viven sus integrantes, en el cual se configuran los riesgos en medio de los cuales transcurre su existencia [16]. Los poderosos recursos que hoy se encuentran disponibles para manipular muchas de esas características nos generan la ilusión de que podrían llegar a ser gobernadas por la acción humana. Sin embargo, es difícil desentenderse de la evidencia de que, sin percatarnos del todo de cómo llegamos a ello, la intervención humana poco responsable ha conducido a desbordes bastante amenazantes. Paradójicamente, a base de tanto pretender controlarlas, la naturaleza y la vida social han adquirido dinámicas ya casi enteramente fuera de nuestro control. El abundante conocimiento científico del que disponemos no parece ofrecernos alternativas suficientes para lidiar con los efectos de las muchas e intensas fuerzas que subyacen al complejo entramado ambiental, económico, social y cultural que caracteriza al mundo de nuestros días, con sus múltiples y graves implicaciones sobre la problemática de salud. Hay momentos en los cuales no se alcanza a vislumbrar ningún camino viable para revertir los deletéreos efectos de la modalidad actual de relación de los humanos entre sí y con el planeta. ¿Podría seguirse sosteniendo que el conocimiento experto nos mostrará el mejor de los caminos? ¿O preferirán los científicos concretarse a seguir “investigando”, desentendidos de toda preocupación interpretativa y circunscritos a la repetición de modelos como, por ejemplo, el de la llamada “transición epidemiológica”, que nos aleja cada día más de la comprensión de la dinámica y el destino

de los daños a la salud de las poblaciones actuales y sus consecuencias sobre las personas que los padecen? [16].

Un segundo ejemplo podría ser el de aquel sueño que tomó impulso hacia finales del siglo xx, cuando se llegó a abrigar la desmesurada expectativa de un mundo enteramente libre de enfermedades, en donde el triunfo de la prevención conduciría a hacer superflua la atención médica curativa. En contraste, nuestra experiencia cotidiana muestra, lo mismo que la de nuestros congéneres a lo largo de los siglos, que el basamento biológico inherente a nuestra especie no puede escapar a la vulnerabilidad de los organismos vivos que los hace proclives a caer en ciertos tipos de funcionamiento que generan dolor y sufrimiento, algunos de los cuales pueden llegar a ser incompatibles con la vida [17]. Pero, además, lamentablemente, muy pronto esa propuesta de prevención idealizada se deslizó hacia otra de culpabilización individual de los enfermos por su falta de autocuidado. Comenzó con ello también el abandono por parte de los gobiernos de la responsabilidad de ofrecer servicios médicos suficientes y adecuados para que la población pudiera atender el oneroso “portafolio de riesgos” al que se la fue dejando cada vez más expuesta [18] y la pretensión de convertir estos servicios en un negocio lucrativo, con consecuencias que ya han empezado a asomar. De esta suerte, mientras que el conocimiento científico ha permitido el desarrollo de potentes recursos tecnológicos para la atención médica de muchas enfermedades, en muchos países se han impuesto los más estrechos límites a su acceso, en forma tal que la mayor parte de sus habitantes se ven enfrentados no solo a la contundencia de la enfermedad y la muerte, sino a la exclusión de toda posibilidad de beneficiarse con esos recursos, disponibles solo para quienes tienen el poder adquisitivo para pagar por ellos [19].

En los dos ejemplos anteriores, la investigación cualitativa ha permitido constatar, además, que las propuestas de intervención médica y sanitaria circunscritas a la exclusiva interpretación del profesional se encuentran por lo común muy desajustadas de las situaciones en las que pretenden imponerse, dado que suelen ignorar que cada persona, dentro de su mundo — por precario que este sea —, construye su propia manera de cuidar de sí mismo. Y, como lo explican Anneas y Ayres [20] en su reflexión orientada por el pensamiento de Heidegger, toda imposición de esa naturaleza viene a fracturar la íntima relación que quien vive la experiencia ha construido con sus propias maneras de hacer dentro del mundo en el que se encuentra y en el cual intenta proyectar su existencia, sin que se escuche siquiera lo que tendría que decir y sin la menor consideración a su propio proyecto existencial.

Frente a situaciones como estas, la investigación cualitativa crítica nos ofrece caminos alternativos. Porque no necesariamente tenemos que emplearla para encontrar cómo convencer a la gente de que se comporte

a la manera prescrita por los expertos. Podemos recurrir a ella también, y sobre todo, para aprender sobre otros modos de cuidar la salud, atender la enfermedad y relacionarnos con el mundo.

El tercero y último de los ejemplos al que quiero aquí referirme apunta, esta vez, hacia la imposibilidad de trabajar con “los hechos desnudos”, libres de toda interpretación, como parecería ser la aspiración de algunos científicos. Se trata, en este caso, de la cada vez más debatida propuesta de la psiquiatría de fines del siglo xx de circunscribirse a las evidencias cuantificables de las manifestaciones observables de los trastornos mentales, con una fuerte intención de neutralidad que la lleva al intento de ponerse al margen de cualquier teoría referente a la etiología, la causalidad o el pronóstico sobre estos padecimientos, como se pone de manifiesto en las explicaciones que se pueden leer todavía en la cuarta versión del DSM [21]. Pero esta pretensión de renuncia a la teoría, fallida por todos los argumentos planteados en páginas anteriores, tampoco logró liberar a la psiquiatría de las sombras de las valoraciones positivas y negativas que conlleva su saber disciplinario y, con ello, de las consecuentes preconcepciones y prejuicios frente a esta complicada problemática, esta vez no ya por parte de los “legos” (ese “estigma” que la OMS [22] tanto se ha afanado por eliminar para abrir el camino de los enfermos mentales hacia los psicofármacos), sino por parte de los “expertos”.

Algunos apuntes sobre el compromiso del investigador como intérprete

Si nuestro acceso a la realidad no es inmediato ni directo, sino a través de la percepción que nos permiten nuestros órganos de los sentidos y la interpretación que nuestra conciencia hace de lo percibido; si lo que entendemos del mundo y de la manera en la que nos lo representamos, así como los postulados que formulamos sobre lo que ahí observamos no son un reflejo fiel y único de la realidad, sino versiones que dependen de la teoría desde la cual lo interpretamos, podría ser entonces que los postulados que hemos aprendido en el transcurso de nuestra formación especializada —y en los cuales fundamos nuestras convicciones de “expertos”— no sean la única versión correcta de “lo que es” —fija, intemporal y universal—, sino una más de las diversas interpretaciones del mundo que forman parte del momento histórico en que vivimos.

Pero existen muchas otras posibilidades para comprender la realidad, y la conciencia de ello es la que nos conduce a abrir la visión a la diversidad de representaciones con las que nos topamos durante nuestros diálogos con otros expertos que cultivan disciplinas diferentes de aquella en la que fuimos formados y, también,

sobre todo, cuando conversamos con nuestros congéneres —no necesariamente expertos en ninguna disciplina pero sí en su propia vida, en su propia concepción del mundo y en lo que *a ellos* les ocurre.

Cuando emprendemos un trabajo de investigación cualitativa, no podemos menos que acercarnos a las personas con quienes dialogamos, con la conciencia de la diferencia y la expectativa de que nos encontraremos ante la versión del otro surgida de sus propios marcos interpretativos, tradiciones y convicciones. Sabemos que las creencias de cada uno pueden resultar muy ajenas para el otro, y podemos evitar así esa rápida reacción que, frente a lo distinto, decide anularlo, tacharlo como prejuicio o ignorancia, o simplemente, como algo ininteligible que no vale la pena siquiera escuchar.

En esta modalidad de indagación, al ocupar el lugar de “experto”, nos sabemos situados también en la difícil situación de ver nuestra propia versión cuestionada, enfrentada a sus límites ante la versión del otro. Al entablar esta interlocución, sabemos que no solo nosotros plantearemos preguntas, sino que también aquel a quien interrogamos hará surgir en nosotros preguntas nuevas, inesperadas, jamás imaginadas.

Pero, de hecho, ningún investigador —cualquiera que sea su enfoque— debería eludir la responsabilidad que le atañe cuando ocupa el lugar de “experto”, lo que supone que su voz y su palabra tendrán el aval de la ciencia, con lo cual lo que diga y escriba serán considerados como “la versión autorizada” sobre algo. Y cuando ese algo son los demás, estará en situación de fungir como intérprete de los otros.

El investigador cualitativo sabe que las “verdades” que pueda llegar a generar difícilmente podrían ser sometidas a los procedimientos de verificación o falsificación postulados por el método científico. Y no porque los hechos, acontecimientos, fenómenos o procesos de los que se ocupa sean inexistentes o inaprehensibles, sino porque se trata de realidades “filtradas” por la percepción y la interpretación de quienes las experimentan y de quienes las estudian, que son quienes construyen sus versiones, siempre en elaboración, por lo demás, a partir del diálogo que logran entablar. Pero también porque cuando se trata de la experiencia humana, de lo que alguien dice haber vivido y el significado que para él haya tenido esa experiencia, no podríamos pretender el hallazgo de la “versión correcta”, única y fija, del suceso. Si permanecemos el tiempo suficiente como para continuar con la conversación, lo que presenciáramos sería muy probablemente un flujo de versiones en continua transformación, un continuo dotar de nuevos significados a las experiencias vividas orientado por los complejos marcos interpretativos que poseen nuestros interlocutores, en conjunción con los elementos que van surgiendo de su diálogo con nosotros.

Todo esto plantea problemas delicados frente a los cuales la ciencia clásica pasa de largo: ¿a quién representamos cuando investigamos?; ¿quién se beneficiará con nuestros hallazgos?; ¿cómo opera esta especie de juego de ajedrez del cual nosotros también somos piezas?; ¿quién y cómo se nos mueve?; ¿en qué dirección —y por qué clase de vientos— nos vemos impulsados a veces en forma tan suave y otras tan violenta? Cuando nos atrevemos a reflexionar sobre todo esto, no podemos desentendernos ya de la responsabilidad ética y política que va aparejada al papel que adoptamos como intérpretes de los aspectos del mundo sobre los que indagamos [4, 11].

Por último, tendríamos también que preguntarnos si como investigadores nos sentimos con la libertad de permitirnos imaginar otro orden de cosas, con el derecho a desear un mundo distinto y trabajar en su construcción [12]. La facultad creativa inherente a nuestra especie nos faculta para ensayar en la imaginación cómo podríamos ir de la situación en la que estamos hacia aquella a la que quisiéramos llegar, prefigurar lo que nos gustaría construir, el destino que quisiéramos darnos y las posibles maneras de hacerlo: nuestro proyecto de existencia [3]. Porque me parece a mí que los humanos —investigadores científicos o no, pero siempre inquietos por indagar— construimos teorías también para nutrir nuestra esperanza. La esperanza de ser capaces de crear realidades mejores, por más que esto signifique cosas muy diferentes para cada uno, lo que siempre nos pondrá en la posibilidad de conocer toda una diversidad de posiciones y las consabidas confrontaciones entre unas y otras. La capacidad del investigador para escuchar, comprender y respetar esa diversidad de perspectivas y de caminos posibles es uno más de los desafíos epistemológicos, éticos y políticos a los que su labor lo enfrenta.

Referencias

1. Denzin N, Lincoln Y. Handbook of qualitative research 1a ed. Thousand Oaks CA: Sage; 1994.
2. Denzin N, Lincoln Y. The Sage handbook of qualitative research 3a ed. Thousand Oaks CA: Sage; 2005.
3. Heidegger M. El ser y el tiempo. México: Fondo de Cultura Económica; 1986 [1927].
4. Habermas J. Conocimiento e interés. Madrid: Taurus; 1981 [1968].
5. Habermas J. Teoría de la acción comunicativa I y II. Madrid: Taurus; 2001 [1981].
6. Gadamer H. Verdad y método I y II. Salamanca: Sígueme; 1993.
7. Schütz A. El problema de la realidad social. Buenos Aires: Amorrortu; 2001 [1962].
8. Berger P, Luckmann T. La construcción social de la realidad. Barcelona: Gedisa; 1997 [1966].
9. Merleau-Ponty M. Fenomenología de la percepción. Barcelona: Planeta; 1985 [1945].
10. Morin E. Introducción al pensamiento complejo. Barcelona: Gedisa; 1997 [1990].
11. Morin E. El método. La naturaleza de la naturaleza. Madrid: Cátedra; 1999 [1977].
12. Kincheloe J, McLaren P. Rethinking critical theory and qualitative research. En: Denzin N, Lincoln Y. The Sage handbook of qualitative research, 3a ed. Thousand Oaks CA: Sage; 2005. Págs. 303-342.
13. Schwandt T. Constructivist interpretivist approaches to human inquiry. En: Denzin N, Lincoln Y. Handbook of qualitative research, 1a ed. Thousand Oaks California: Sage Publications; 1994. Págs. 118-137.
14. Safranski R. Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo. México: Tusquets; 2010.
15. Guba E, Lincoln Y. Competing paradigms in qualitative research. En: Denzin N, Lincoln Y. Handbook of qualitative research, 1a ed. Thousand Oaks California: Sage; 1994. Págs. 105-117.
16. Martínez C, Leal G. Epidemiological transition: model or illusion? A look at the problem of health in Mexico. Social Science & Medicine 2003; 3(57): 539-550.
17. Martínez C. Los múltiples significados de la salud. Un recorrido bajo la guía de Canguilhem. En: Martínez C, compiladora. Seis Miradas sobre la salud y su relación con el mundo social. México: Académicos de CBS, UAM-X; 2008. Págs. 35-57.
18. Martínez C. Abrir la epidemiología. En: Eibenschutz C, Tamez S, González R, compiladores. ¿Determinación social o determinantes sociales de la salud? Memoria del Taller Latinoamericano sobre Determinantes Sociales de la Salud. México: Universidad Autónoma Metropolitana Colección Abate Faria 8; 2011. Págs. 71-90.
19. Molina G, Ramírez A, Ruiz A. Tensiones en las decisiones en salud pública en el sistema de salud colombiano: el bien común en confrontación con los intereses y prácticas particulares. Medellín, Colombia: Pulso y Letra Ed.; 2013.
20. Anéas T, Ayres J. Significados e sentidos das práticas de saúde: A ontologia fundamental e a reconstrução do cuidado em saúde. Interface. Comunicação Saúde Educação. 2011;15(38): 651-662.
21. Diagnostic and statistical manual of mental disorders. 4a. ed. Washington DC: American Psychiatric Association; 2005.
22. Organización Mundial de la Salud. Informe sobre la salud en el mundo 2001. Salud mental: nuevos conocimientos nuevas esperanzas. Ginebra: OMS; 2001.